

LA IMAGEN INTERNACIONAL DE ESPAÑA EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS: REMINISCENCIAS, ESTEREOTIPOS, DRAMATIZACIÓN NEORROMÁNTICA Y SUS CONSECUENCIAS HISTORIOGRÁFICAS*

E. Ucelay-Da Cal

Este ensayo intentará explorar las razones históricas por las cuales España y la Guerra Civil de 1936-1939 tuvieron tanto impacto como evento movilizador de opinión a gran escala. Durante demasiado tiempo se ha dado por supuesto, al menos por parte hispánica, que el país merecía por sí mismo toda la atención internacional que atrajo, muy por encima, por dar un ejemplo, de la contienda civil que arrastraba la China desde hacía como poco una década. España se había mantenido neutral en todos los conflictos europeos desde 1815, dedicándose, por el contrario, a sus violentas luchas interiores. No era ya una potencia y, llegados los años de entreguerras, sólo podía aspirar a un rol internacional netamente secundario. ¿A qué, pues, atribuir su súbita importancia ejemplar? En este trabajo, intentaré mostrar algunas de las causas más profundas de tal relevancia simbólica, tratando la imagen de España desde fuera, en particular desde Estados Unidos y Gran Bretaña (por su indiscutible ascendente cultural a lo largo del siglo XX), con un contrapunto desde otros países, notablemente Francia (siempre tan destacada como intérprete de lo español hacia fuera, e igualmente como modelo hacia dentro). Finalmente, el ensayo se cerrará con una valoración del efecto de la acumulación de imágenes que rodeó a la Guerra Civil española y que ha determinado las principales interpretaciones de este conflicto, de tan notoria resonancia.

* Una primera versión de este trabajo fue presentado en un Seminario dedicado a la “Imagen de España” de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en 1991.

Como enfocar la imagen

Es fácil hablar de imágenes, pero es difícil saber de qué se está hablando exactamente. Para empezar, ¿quién mira a quien? Hasta fallan las metáforas, ese recurso lingüístico tan habitual que evita la definición conceptual. “Espejo”, “reflejo”, “refracción”, “cliché” generan más preguntas que las que contestan. Los espejos, por ejemplo, reflejan rígidamente la realidad al revés del que se mira en ellos. Las imágenes, al contrario, por ser a la vez mentales y sociales, son interactivas. El observado-observador puede ajustarse no sólo ante su público, sino que puede retocar también a la proyección de su propia imagen. Pero, es más, la imagen puede hacer lo mismo. Un ejemplo sencillo puede darnos idea de la pobreza de la metáfora como método explicativo, al ser una trampa, frecuentemente abusiva, para la aproximación a cualquier realidad que no sea pura emoción. Una placa fotográfica es sólo una impresión, o si se recurre al truco, una sucesión de impresiones sobrepuestas, cumulativas, dobladas, triplicadas o más, hasta producir una síntesis visual nueva. Pero será sólo una serie de momentos congelados, “instantáneas”, nunca un movimiento constante, un “flow”, “fleuve”, “stream of consciousness”, donde las imágenes se fusionan — no sólo como sobreposición — para convertirse en *algo* propio y nuevo.

Así, pues, de quién es la imagen de España: ¿La imagen de quién? ¿La que tienen franceses o alemanes de los españoles? ¿O británicos? ¿O norteamericanos? ¿O judíos (y, además, ¿cuales?, asimilados, conservadores o ortodoxos)? ¿O árabes? ¿O chinos? En el mundo islámico, por ejemplo, España ha sido percibida siempre a través de la experiencia andalusí, un patrón histórico de refinamiento cultural en ámbitos como la música, que incluye en toda alusión un fuerte componente de nostalgia y hasta un amago de recuperación irredentista. Esto hizo que la experiencia colonialista española en el Magreb se viese de forma especial, a la vez como algo familiar e intolerable. Así, se podía tanto disfrutar de estampas de consumo popular de Abd-el-Krim elevado a “Ghazi” y martillo de infieles, como obtener satisfacción por la ostentación propagandística de Marruecos como aliado pleno de la “causa nacional” — junto a Estados como Alemania, Italia y Portugal — durante los primeros años de la Guerra Civil¹. En cambio, desde el Lejano Oriente, la presencia española

1. Para el impacto de la figura de Abd-el-Krim, véase D.S. Woolman, *Abd el-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971. Las representaciones de las cuatro banderas aliadas eran muy frecuentes en la propaganda de los “nacionales” españoles en 1936, pero la marroquí (o a veces la cherifeña, con mayor o menor exactitud) fue desapareciendo lentamente a lo largo de la Guerra Civil. Este tipo de tema no ha sido recogido por los autores que han trabajado el cartelismo franquista, como Carmen Grimau. En general, sobre las estampas en el mundo islámico: S. Stocchi, *L'Islam nelle stampe*, Milano, BE-MA Editrice, 1988. Para las complejas relaciones de la política marroquí y la “causa nacio-

había sido fácil de olvidar, y su uso — sobre todo por los comunistas chinos en guerra con los ejércitos nacionalistas de Chiang Kai-Shek — fue tópico y puntual². Esto es bastante diferente de lo que podía pensar de España, pongamos por caso, la publicística británica en los años treinta, siempre dispuesta a ver lo español (o sea, lo que era propio de los “dagoes”) como una frontera con los “wogs”, una amalgama de lo “oriental” con el mundo confuso y caótico de las pieles oscuras³.

Pero la importancia de la imagen de España tiene otros receptores, primeros y últimos, según como se mire: los españoles que la recogen al mirarse hacia afuera⁴. En el juego de la “retroalimentación”, ¿quiénes son los retratados? ¿Existe España para ellos? ¿Qué encuentran en el reflejo cuando catalanes y vascos se miran buscando confirmación de su propia existencia en la opinión extranjera⁵? El problema de fondo, por supuesto, es que la identidad, con frecuencia, es más fácil de concretar (y, sin duda, resulta mucho más convincente para aquellos que se suman), cuando se formula negativamente, por exclusión, en base a lo que no se pretende ser, que por contenidos positivos. Y la formulación de taxonomías sobre lo desconocido, en tanto que prejuicio, puede — o hasta suele — generar retratos monstruosos, derivados más de los miedos propios que de las características del “otro”⁶.

nal”, véase: A. Benjaolloun, *Contribution à l'étude du Mouvement Nationaliste Marocain dans l'ancienne Zone Nord du Maroc (1930-1956)*, tesis doctoral, Université Hassan II, Faculté des Sciences Juridiques, Économiques et Sociales de Casablanca, 1983; J. Wolf, *Les secrets du Maroc espagnol. L'épopée d'Abd-el-Khaleq Torrès 1910-1970*, París/Casablanca, Balland-Edif, 1994.

2. Para actitudes chinas: J.D. Spence, *The Gate of Heavenly Peace*, New York, Viking, 1981, p. 269. Véase la información abundante de J.E. Borao Mateo, *España y China 1927-1967*, Taipei, Central Book Publishing Co., 1994, así como la tesis doctoral de F. Rodao García, *Relaciones hispano-japonesas 1937-1945*, Madrid, Universidad Complutense, Facultad de Geografía e Historia, 1993.

3. Como muestra de las actitudes de la prensa inglesa sobre España se puede consultar las partes pertinentes de (M. Gilbert, intr.), *Marching to War*, London, Bracken, 1989, que reproduce el contenido de las páginas internacionales del “Illustrated London News”. “Dago” es el término insultante popular inglés y angloamericano para españoles, portugueses y a veces italianos. “Wog” es el equivalente para referirse a orientales, aunque a veces se puede utilizar para aludir despreciativamente a todo el mundo de color, el “otro” negativo de la identidad ideal de los británicos y sus análogos.

4. La dificultad de esta problemática la demuestra la poca claridad de un veterano como el antropólogo Julian Pitt-Rivers (“Los estereotipos y la realidad acerca de los españoles”, en M. Cátedra (ed.), *Los españoles vistos por los antropólogos*, Madrid, Jucar, 1991, pp. 31-44), quien además tiene a fuerte tendencia a confundir andaluces y “españoles”. De hecho, los estereotipos hispánicos cruzados vienen de lejos: véase: M. Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966; E. Temprano, *La selva de los tópicos*, Madrid, Mondadori, 1988.

5. Como muestra de la difícil percepción desde fuera de identidades no-estatales: C. Puigdemont Casamajó, *Cata...què?*, Barcelona, La Campana, 1994.

6. Véase K. Stenou, *Images de l'autre. La différence: du mythe au préjugé*, París,

En este ensayo, sin embargo, no pretendemos explorar las dimensiones más psicológicas o sociales de las fronteras culturales, sino estudiar su elaboración a través de la historia política. De hecho, como demostraremos, las imágenes tienen circuitos culturales muy establecidos, que condicionan la recepción de informaciones nuevas. Tales circuitos suelen ser muy antiguos, en especial cuando se trata de elementos que se rechazan, que en el fondo es lo importante para configurar cualquier noción de identidad: sin querer bucear más allá de los albores de la época moderna en Europa, esta aseveración nos proporciona un punto de partida con estereotipos básicamente religiosos. Las identidades nacionales europeas se configuraron básicamente a partir de las grandes definiciones religiosas: la tensión originaria de judíos y cristianos, la contraposición de rito latino y griego, la pugna de cristianos contra “turcos”, el enfrentamiento de católicos y protestantes. Por ser la potencia hegemónica de la contrarreforma, la nueva monarquía hispánica se convirtió para protestantes y, más oportunísticamente, para las potencias católicas rivales, en la representación del poder sin legitimación. Mientras, los partidarios del rito oriental la perdían de vista tras la sombra del Gran Turco. En el mundo de la tradición judía, ante la alternativa de relativa tolerancia otomana, España se configuró igualmente como modelo de persecución. A la vez, el protestanismo más radical abrió una brecha en el histórico antisemitismo cristiano para hacerse filojudío, para redundar en la condena de la España inquisitorial y opresiva⁷.

Esto quiere decir que los estereotipos históricos de los siglos XVI, XVII y XVIII fueron canalizados y filtrados, hasta convertirse en la tradición oficial de las culturas nacionales del XIX, y llegar, así, hasta el XX. El repertorio de imágenes de las izquierdas europeas en el paso de los siglos XIX al XX manifestó una prolongada herencia de los conflictos religiosos entre el Estado liberal-laico y el catolicismo desde el Sonderbund suizo (1847) hasta la Ley Combes de Francia (1905), para no recordar la Revolución francesa. De hecho, la secuencia de representaciones estaba compuesto de “cromos” históricos — lo que Gramsci apodó “historia popular oleográfica” — que de alguna manera situaban a España en esta perspectiva: las torturas de la Inquisición, la crueldad de la conquista de América, la figura del monje glotón y lascivo, la salvaje soldadesca en plena masacre de inocentes (Alba saqueando los Países Bajos, por ejemplo), la indolencia de los aristócratas y el latifundio como

Seuil, 1998; la formulación clásica de “teoría del prejuicio” en psicología es G.W. Allport, *The Nature of Prejudice* [1954], Garden City (N.Y.), Doubleday Anchor, 1958.

7. Como indicaciones, L. Poliakov, *La causalidad diabólica*, Barcelona, Muchnik, 1982, para el miedo al complot jesuita, y, del mismo autor, *Historia del antisemitismo*, vol. *De Mahoma a los marranos*, Barcelona, Muchnik, 1980, pp. 196-244; A. Edelstein, *An Unacknowledged Harmony. Philo-Semitism and the Survival of European Jewry*, Westport (Ct.), Greenwood, 1982, pp. 141-145.

sinónimo de feudalismo. Naturalmente, no son imágenes exclusivas de España, pero es fácil ascribirlas a situaciones hispánicas, sobre todo si existe una tradición de construcción de mitologías nacionales, como ha sido el caso en Gran Bretaña, los Países Bajos, Francia, e, incluso, Italia), en la que España ha jugado el papel del “otro”. De esta manera, para dar un ejemplo concreto, la indignación antifranquista de un minero galés, que llegara hasta hacerse voluntario en las Brigadas Internacionales, podía deberse tanto a sus raíces metodistas o a los libros de formación primaria con los que aprendió a leer, como a su filiación en el International Labour Party o sus simpatías comunistas, como a alguna combinación de todos estos factores⁸.

Los circuitos culturales son, pues, como los afluentes de un río que convergen, con sus imágenes encajados en discursos cada vez más genéricos, como, por ejemplo, el de los libros de texto estatales⁹. Pero hay, naturalmente, circuitos alternativos, que aportan su carga a otros drenajes colectivos. Así, para poner un contraejemplo, el amplio repertorio de “cromos” históricos de la Iglesia romana barroca, llenos de mensajes de la contrarreforma, nutrieron el “imaginario” católico hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965), extendiéndose en sermones, charlas, misiones catequísticas y libros de texto católicos¹⁰. De esta forma, las derechas de raíz católica dispusieron de un abánico de imágenes genéricas, pero siempre aplicables a situaciones concretas, como una “revolución en España”. En esta cosmogonía, para citar roles genéricos diversos, mientras la comunidad de los creyentes era asediada por el Maligno y sus hue-

8. K.W. Watkins, *Britain Divided. The Effect of the Spanish Civil War on British Public Opinion*, London, Thomas Nelson, 1963, Cap. 2, “Image and Reality”, especialmente pp. 13-14, 28. La latente influencia religiosa podía ser bastante inconsciente, como observa un brigadista inglés: «In my ignorance I was probably typical of the average British working-class man and yet, despite the widespread lack of knowledge of Spain, I cannot recall any other international or domestic political issue having such an impact upon the British working-class as that produced by the Spanish Civil War. Nor can I explain why this was so. Not Manchuria, not Abyssinia, not the great oppressive strides taken by Fascism in Europe, nor the miseries of the depression at home came anywhere near to rivalling Spain as a focus for working-class attention and indignation». W. Gregory, *The Shallow Grave*, London, Gollancz, 1986, p. 20. El concepto de “historia popular oleográfica” en A. Gramsci, *El ‘Risorgimento’*, Buenos Aires, Granica, 1974, p. 91.

9. Para Estados Unidos: R.M. Miller, *Guardians of Tradition. American Schoolbooks of the Nineteenth Century*, Lincoln (Neb.), University of Nebraska Press, 1964, cap. 5; para las actitudes equivalentes españolas: C.P. Boyd, *Historia Patria. Politics, History, and national identity in Spain, 1875-1975*, Princeton (N.J.), Princeton University Press, 1997.

10. Un ejemplo de la continuidad de las imágenes barrocas hasta el siglo XX lo da el antropólogo J.L. Bouza (*Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, CSIC, 1990), al estudiar un culto de reliquias en Galicia, pero los conocidos trabajos de William Christian, Jr. sobre apariciones marianas sirven igualmente. Véase también de G. de Febo, *La santa de la raza: un culto barroco en la España franquista*, Barcelona, Icaria, 1988.

stes, los mártires daban constante testimonio de fe, los valientes misioneros padecían indecibles torturas, los feligreses ardían con sus iglesias, los reyes morían murmurando el nombre de Díos. Las fuerzas del mal eran capaces de infiltrarse hasta en los recintos más sagrados, de crear una liturgia alternativa — masónica o cívica — a la genuína del Creador, destruyendo salvajemente todo lo bello o puro, e, incluso, matando atrocemente a los que profesaban fidelidad a la verdad divina¹¹.

Al mismo tiempo, los diferentes circuitos culturales responden — como es de esperar — a niveles de comunicación diferentes, que, a su vez, implican diversos grados de contradicción. La pertinencia a una misma tradición cultural no significa que las imágenes se perciban con el mismo significado: para empezar, está el hecho de la clase social. Un ejemplo elocuente: en Polonia, en los años de la emblemática contienda española, algunos publicistas católicos urbanos, de clase media, que pretendían agitar entre campesinos se quedaron más que sorprendidos cuando su elocuencia sobre la malignidad de los “rojos” españoles, cuyas turbas habían mostrado los cadáveres momificados de las monjas de clausura, no escandalizaron a un auditorio rural que, aparentemente, tenía la costumbre de exponer a los muertos. Y es que, en Polonia en los años treinta, las costumbres antropológicas sobre entierros — y lo visible y lo invisible — podían ser todavía radicalmente opuestas entre el campo y la ciudad, al menos según donde¹². Igualmente, la contradicción entre lo real y lo ideal podía producir graves problemas de conciencia. De la misma manera que un nacionalista “estadista” asume sin pensarlo los prejuicios propios de los Estados, los nacionalistas “minoritarios” — o sea, sin Estado — tuvieron en el período de entreguerras (como ahora) su propio circuito informativo, que les permitía proyectar de manera auto-mática sus preocupaciones sobre cualquier situación externa¹³. Muchos nacionalismos “minoritarios” en aquella época eran ferozmente católicos, y se encontraron con que tenían que escoger entre los vascos, creyentes pero “aliados del comunismo”, o el unitarista Franco, paladín de la Iglesia¹⁴.

11. En general, véase Caro Baroja, J., *Las formas complejas de vida religiosa (Religión, sociedad, y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*, Barcelona, Sarpe, 1985. En concreto, se puede consultar nuestro *Ideas preconcebidos y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad*, in “Historia Social”, 1990, n. 6, pp. 23-43.

12. B. Lincoln, *Revolutionary Exhumations in Spain, July 1936*, “Comparative Studies in Society and History”, 1985, vol. 27, pp. 241-260.

13. D. Conversi, *Domino Effect or Internal Developments? The Influence of International Events and Political ideologies on Catalan and Basque Nationalism*, “Western European Politics”, 1993, vol. 16, n. 3, pp. 245-270.

14. Es más, los argumentos podían cruzarse e intercambiarse con sorprendente fluidez. Los francófilos de izquierdas españoles denunciaron en 1914-1915 las “atrocidades alemanas en Bélgica”, consistente en fusilar a curas o castigar a poblaciones civiles y destruir templos (entre otras joyas arquitectónicas) en represalia por ataques a sus tropas

Finalmente, ante las visiones de fuera, hay que entender la importancia del “feedback” o “retroalimentación”: o sea, el alcance de la interacción entre percepción exterior e interior, cómo la aceptación o el rechazo de los tópicos externos por parte de los mismos españoles ha afectado al estereotipo. Planteemos un ejemplo muy importante: la confusión entre Andalucía y España que ha dominado tanto a la “Imagen de España” en el exterior como a la autoconcepción que de España tienen los propios españoles. Es instructivo contrastar este culto a una Andalucía representativa con la actitud que tanto italianos como extranjeros manifiestan hacia el Sur de Italia¹⁵.

En los siglos XVIII y XIX, el camino entre Roma y Nápoles era la ruta turística de invierno habitual para ricos británicos, franceses o alemanes. Esto ayudó a que Italia, lo que era, según los austríacos, mera “expresión geográfica”, fuese vista, a partir de 1860-1871, como una genuina nación unificada y no un conjunto de entidades anexionadas más o menos a la fuerza. Pero, la esencia simbólica de Italia *no* se identificó ni en el extranjero, ni mucho menos en Italia, con el “Mezzogiorno”. A pesar de lo bien conocida que era la problemática del sur italiano en el norte de Europa, como mínimo desde la invasión francesa de 1798-1799 y, a pesar también de que el italiano emigrante a las Américas era por antonomasia un napolitano o un siciliano. Al contrario, hubo mucha más tendencia a ver el sur como excepcional, y aceptar la auto-imagen italiana de que el verdadero país era el “Reino de Italia” napoleónico, o sea, el norte-centro de la península.

El contraste es muy marcado con España, que quedó, a partir de la primera mitad del siglo XIX, claramente identificada con su “Mediodía”,

perpetrados desde campanarios, mientras que los germanófilos derechistas y católicos ofrecían justificaciones de tales desmanes; en 1936, pero refiriéndose ahora a la misma España, derecha e izquierda invirtieron sus lógicas respectivas: E. Ucelay-Da Cal, *La Guerre civile espagnole et la propagande franco-belge de la Première Guerre mondiale*, en J.-C. Martin (dir.), *La Guerre Civile entre Histoire et Mémoire*, Nantes, Ouest Éditions, 1995, pp. 77-90.

15. Para el discurso italiano sobre el “Mezzogiorno”: el compendio de R. Villari, *Il Sud nella storia d'Italia. Antologia della questione meridionale*, Bari, Laterza, 1963. Un repertorio de textos de viajeros a Andalucía, M. Bernal Rodríguez, *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*, Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1985. Véase también: A. González Troyano (comp.), *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*, Málaga, Diputación Provincial, 1987; A. López Ontiveros, *El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica*, en J. Gómez Mendoza y N. Ortega Cantero, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 31-65. Es relevante que la “cuestión meridional” española se reduce históricamente al problema latifundista en autores clásicos como Juan Díaz del Moral o Constancio Bernaldo de Quirós. Igualmente, el enfoque andalucista español — como demuestra la obra de un autor como Manuel Ruiz Lagos — se transmuta sin dificultad en otro discurso nacionalista a nivel “local”: véase su *País andaluz*, Jerez de la Frontera, CSIC, 1978.

o sea, con Andalucía. El sur español, igual que el sur italiano, tenía consolidadas relaciones comerciales con Gran Bretaña. El apoyo naval británico protegió a Cádiz del ejército francés, igual como mantuvo a los Borbones napolitanos seguros en Palermo. En la Italia del siglo XX, la generalización peninsular de muchas costumbres sudeñas se configuró gracias a la migración interna a partir de la caída del Fascismo. La popularización o el reconocimiento internacional de esas mismas costumbres — desde la comida (por ejemplo, la pizza), hasta unas notorias formas asociativas — se dió en gran medida a través de los norteamericanos, por la emigración a los Estados Unidos, entre 1880 y 1920, o por la ocupación estadounidense de Nápoles en 1943. En cambio, fue a partir de la Guerra de 1808-1814, si no antes, cuando lo andaluz se aceptó como algo representativo, tanto dentro como fuera de España, entre otras razones, por el hecho de que Andalucía era, históricamente, una zona de expansión económica, todavía, en las primeras décadas del siglo XIX, llena de promesa ante el desarrollo industrial y el comercio internacional¹⁶. Modas andaluzas relativamente nuevas — el toreo a pie, el flamenco — se extendieron por el resto de España con la moda costumbrista desde mediados del siglo XVIII. El romanticismo español aceptó la visión turística de España como un conjunto “exótico”. Pero como el “auto-exoticismo” era una paradoja imposible de sostener, por lo que se desplazó la reflexión sobre lo propio hacia la confusión entre el comentario de costumbres (en el sentido de “manners”) y el naciente folklorismo. Así, el bandolero fascinaba no sólo al visitante francés o inglés sino también al español interesado en caracterizar a su propio país. Hacia la segunda mitad del ochocientos, cuando se tuvo que consolidar una arquitectura nacional emblemática, uno de los primeros patrones fue el neo-morisco (vinculadísimo como es evidente a la progresiva extensión de la afición a los toros). La aceptación española de la identificación España-Andalucía culminaría en los primorriveristas años veinte, con la Exposición Ibero-Americana de Sevilla en 1929, manteniéndose algunos resabios a lo largo de los años republicanos y hasta bien entrado el franquismo. Sería la industrialización de los Planes de Desarrollo que de algún modo acabaría definitivamente con la España de “peineta y mantilla” (aunque un gusto condescendiente por lo andalúz “popular” reaparecería en los años socialistas de gobierno de González)¹⁷.

16. J. Nadal, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel, 1975.

17. El discurso “tecnocrático” de los años cincuenta y sesenta fue una negación casi explícita de la identificación histórica española con Andalucía; en general, véase obras interpretativas que celebran el “cambio”, como: D. Gilmour, *La transformación de España* [1985], Barcelona, Plaza Janés, 1986; J. Hooper, *The Spaniards. A Portrait of the New Spain* [1986], London, Penguin, 1987. Para la recuperación andaluza bajo González: V. Márquez Reviriego, *El desembarco andaluz*, Barcelona, Planeta, 1990.

Esto no quiere decir que el consumo del andalucismo fuese unánime. De hecho, la moda de un “casticismo” nuevo, hasta innovador, de finales de siglo XIX fue la defensa de un tipismo diferente, una alternativa menos ajustado al gusto del extranjero, fuese la Castilla de Unamuno, el Madrid de Arniches o el Aragón de Costa¹⁸. Los nacionalismos y regionalismos centrífugos tenían el mismo sentido como afirmación de un tipismo atópico. Pero no funcionaron, al menos para exportación. En la práctica, el andalucismo, en tanto que visión forastera de España, se mantuvo en gran medida porque fue aceptado y retenido por el propio mercado cultural español (en su sentido más amplio) como un vocabulario de imágenes que tenía un público propio, estable, que disfrutaba de tal consumo. Así, los herederos de la búsqueda de un casticismo alternativo fueron los hermanos Quintero o, incluso, los dramas rurales de García Lorca y, de ahí, a la temática dominante del cine autóctono español¹⁹. Así, cuando el separatista catalán Macià, tras un intento de revolución independentista en la frontera pirenaica, quiso aprovechar su proceso en París para dar a conocer la “causa catalana” al mundo, tuvo que aguantar que la prensa parisina caricaturizase a sus seguidores como “espagnols”, con sombrero y chaqueta cordobeses²⁰.

Un intento de sistematización

Intentemos sistematizar la imagen de España para los años veintetres. Vamos a concentrarnos en la percepción externa, dentro de que podríamos llamar el mundo cultural “europeo”. Con esta noción “europea” nos referimos a varios espacios que son, en realidad, diferentes: no solamente, como es obvio, la Europa occidental-central, con una progresiva difuminación hasta los Urales, sino también la proyección cultural europea en ultramar, especialmente los entonces llamados “pueblos de habla inglesa” (o sea, Gran Bretaña y los dominios blancos de su imperio, más los Estados Unidos), así como la alta cultura en Latinoamérica. Sin embargo, este aparente conjunto incluía múltiples corrientes con sus correspondientes complicaciones: sirvan como muestra de tales matices las diversas culturas judías que estuvieran marcadas por el asimilacionismo cultural o político dentro de todo este conjunto “europeo”. En cambio, eran excluidas el mundo islámico y las diversas culturas “asiáticas”.

18. Para un planteamiento más convencional, véase A. Prado, *La literatura del casticismo*, Madrid, Moneda y Crédito, 1973, cap. I.

19. Para la base cinematográfica: A. Sánchez Vidal, *El cine de Florián Rey*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1991.

20. *Le Journal*, 12 noviembre 1926, reproducido en E. Ucelay-Da Cal, *Macià. Una vida en imatges*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1984, pp. 106, 115.

De hecho, este variopinto mundo de cultura “europea” estaba dominado ya de manera perceptible por el juego de desarrollo económico en clave consumista entre el Imperio Británico y especialmente los Estados Unidos en contraposición a la afirmación de una “alta cultura” elitista cuya capital natural era París²¹. Al tratar la imagen de España en relación con tal conjunto de “opinion-makers”, procuraremos a la vez plantear las correspondientes interacciones en el caso de las auto-imágenes internas españolas. Resumiendo, la visión exterior de España sacaba su relevancia o su fuerza impactante de los centros de formación de opinión internacional, que no accidentalmente son las principales capitales imperialistas del momento. Por ello, era un espacio netamente racista, imbuído de una noción del protagonismo de la “raza blanca” que se hundiría con la descolonización tras la Segunda Guerra Mundial²².

Situemos primero la imagen de España que predominó en la cultura “europea” durante las primeras décadas del siglo XX. Básicamente, España era considerada como un ejemplo de la decadencia mejor, como su ejemplo histórico por excelencia. Se trataba de una imagen consolidada, respecto a la cual cualquier alusión es certera²³. El último estadista español con una reputación europea había sido Prim, y él fue asesinado, y su muerte seguida por confusión, guerra civil y caos revolucionario²⁴.

21. Véase: H. Koht, *La influencia americana en Europa* [1957], Barcelona, Editorial Hispano-Europea, s.f.; F. Costigliola, *Akward Dominion. American Political, Economic, and Cultural Relations with Europe, 1919-1933*, Ithaca (N.Y.), Cornell University Press, 1984.

22. Una muestra elocuente de tal lógica del período, con las divisorias culturales marcadas: M. Muret, *le crépuscule des nations blanches*, París, Payot, 1925, con traducción castellana (*El ocaso de las naciones blancas*, Madrid, Aguilar, s.f.).

23. El historiador inglés T. B. Macauley lo dejó muy claro: «The descent of Spain, once the first among monarchies, to the lowest depths of degradation, the elevation of Holland, in spite of many natural disadvantages, to a position such as no commonwealth so small has ever reached, teach the same lesson», o sea, que el catolicismo representa un retraso al progreso de la civilización: T. B. Macauley, *History of England* [1844-1855], New York, Hurst & Co., s.a., vol. I, p. 31. Su contemporáneo norteamericano, J. L. Motley, expresó lo mismo en su clásico *The Rise of the Dutch Republic* (1855). La gran obra incompleta del inglés H. T. Buckle, *History of Civilization in England* (1857-1861), a pesar de presentar una nueva visión materialista de la Historia, produce una visión análoga: vease la conclusión sobre España (New York, Hearst's International Library, 1913), vol. II, parte I, pp. 121-122. Para un repaso a la postura historiográfica norteamericana: D. Levin, *History as Romantic Art. Bancroft, Prescott, Motley and Parkman*, Stanford (Ca.), Stanford University Press, 1959.

24. Por ejemplo, los mejores manuales de Historia Contemporánea en uso en los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX no consideraban que hubiera nada significativo a registrar de la Historia de España después de la intervención de los “Cien Mil Hijos de San Luís”, como no fuera una mención muy de pasada a la participación de Prim en la ocupación de Veracruz en 1862, a los antecedentes españoles de la Guerra franco-prusiana, o a las causas de la Guerra de 1898. Vease, por ejemplo: J.H. Robinson and C.A. Beard, *The Development of Modern Europe*, Boston, Ginn & Co., 1908; C.D. Hazen, *Modern Europe* [1917], New York, Holt & Co., 1924.

A partir de entonces, España se había mostrado incapaz incluso de resolver con energía las patéticas guerritas a las puertas de Melilla: pero, ¿qué potencia colonial no tuvo un mal momento, fuese con Custer, Gordon, o hasta Baratieri? El '98 y la derrota decisiva ante Estados Unidos, además, fue decisivo, y situó a España por debajo del rango de potencia de segunda fila (como Suecia o los Países Bajos), casi como un semiprotectorado discretamente disimulado al nivel del Portugal del “ultimatum” británico, o del Imperio Chino que, desahuciado por franceses y japoneses, estaba a punto de ser el objeto de la primera intervención militar multinacional²⁵. Igual que los otros casos de “derrumbe moral” citados, había sido un gran imperio, pero había crecido con mayor rapidez y había sufrido mayores pérdidas que ellos, para finalmente quedarse en nada. ¿Cómo fue posible tal caída²⁶?

En el ambiente intelectual intensamente racista de la segunda mitad del siglo XIX, la idea de decadencia era inseparable de la de degeneración racial²⁷. La trayectoria española se convirtió así en una lección moral, la muestra de cómo una raza podía perder su vigor y virilidad. Hay numerosas incorporaciones culturales a esta idea de España y lo español, pero la más influyente fue probablemente la norteamericana²⁸. Estados Unidos fue una importantísima (y frecuentemente no reconocida) fuente de percepciones para el racismo europeo del ochocientos²⁹. El

25. J. Pabón, “El '98, acontecimiento internacional”, en su *Días de hoy*, Barcelona, Alpha, 1963, pp. 139-195; J. M. Jover Zamora, *Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979; una reciente apreciación: R. de la Torre, *Los noventa y ocho y El noventa y ocho español*, en *Siglo XX. Historia Universal*, vol. 1, *La víspera de nuestro siglo*, Madrid, Historia 16/Temas de Hoy, 1996, pp. 65-84, 97-110.

26. La respuesta española a esta temática se desarrolla con mayor detalle en: E. Ucelay-Da Cal, *¿Cómo convertir a los perdedores en ganadores? Un ensayo sobre la proyección finisecular de indentidades en los países menos industrializados*, en *Los 98 Ibéricos y el mar*, Madrid, Comisaría General de España, Expo Lisboa '98, 1998, vol. II, *La cultura en la Península Ibérica*, pp. 163-191.

27. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution. A History of European Racism*, London, Dent, 1978, Cap. 6.

28. Para la valoración de la decadencia de España: K. W. Swart, *The Sense of Decadence in Nineteenth Century France*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1964, pp. 241-244. Una perspectiva española en: J. Caro Baroja, *La decadencia desde un punto de vista histórico*, in “Historia 16”, 1986, n. 121, pp. 119-134; M. A. Ladero, *La decadencia española. Historia de un tópico*, in “Historia 16”, 1996, n. 238, pp. 33-52 y, llegando al siglo XX, *ibidem*, 1996, n. 239, pp. 26-42. En general, véase J.E. Chamberlain and S.L. Gilman, *Degeneration. The Dark Side of Progress*, New York, Columbia University Press, 1985, así como el número sobre la idea de decadencia de la revista “Roman-tisme”, 1983, n. 42. La idea de la decadencia española se hace inseparable del ascenso de los Estados Unidos, hasta en obras tan recientes como J.C. Chesnais, *La revancha del tercer mundo* [1987], Barcelona, Planeta, 1988, p. 47.

29. Véase R. Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, México D.F., FCE, 1985.

“anglo-sajonismo racial” norteamericano había tenido como enemigos históricos a “hispanos” e indios y los encontraba difícil de distinguir. Unos y otros eran lo que Engels, en otro contexto, había llamado “basura histórica”: poblaciones que ofrecían patética resistencia al desarrollo de las fuerzas productivas del Progreso. Con este término, Engels aludía (entre otros) a los vascos carlistas; pero, sobre el gran escenario del mundo, lo mismo podía decirse no ya de los españoles en conjunto, sino de todos los hispanoparlantes, mezclas bastardas de razas perdedoras todas ellas³⁰.

Como nos insinúa la cita de Engels, la imagen de España que se construyó la Europa romántica fue forjada entre la lucha contra Napoleón (1808-1814) y la Primera Guerra Carlista (1832-1839): España vista como una zona bárbara, donde se rechazaba todo lo que era moderno; una sociedad opresiva y feudal, un Estado podrido, ineficaz y corrupto, un pueblo fanático, manejado a su antojo por un clero ignorante. España era inestable, violenta y, por encima de todo, cruel; estaba en casi perpetua guerra civil y lo que definía la intervención o la no-intervención en sus asuntos internos de las potencias “civilizadas” era la preocupación por una atrocidad permanente, no esperada fuera del “oriente” turco³¹. Se podía recurrir a la analogía entre el “hombre enfermo” de Occidente y el de Oriente, pero el paralelismo con el mundo islámico era demasiado fuerte para dar lugar a más que alguna ocasional “boutade”³². La única manera de tener una visión de conjunto era echar mano de la perspectiva racial. Al fin y al cabo, ¿qué podía parecerse más a la inestabilidad y la crueldad española que la incompetencia moral de sus hijas, las repúblicas hispanoamericanas, incapaces de salir de la abulia sensual, del caos político y del culto machista a la violencia? En la primera mitad del siglo XIX, tal idea había sido explicitada por numerosos viajeros, y fue repetida por muchos otros observadores posteriores³³. Así, por ejemplo, Alexis

30. F. Engels, *The Magyar Struggle*, “Neue Rheinische Zeitung”, 13 enero 1849, en K. Marx, *The Revolutions of 1848*, Harmondsworth (U.K.), Penguin, 1973, pp. 221-222. El desprecio de Engels por los españoles queda patente en sus artículos sobre la campaña de Marruecos de 1859-1860. Véase K. Marx y F. Engels, *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1970, pp. 175-190. También, de los mismos, *Materiales para la historia de América Latina*, Córdoba (Argentina), Pasado y Presente, 1972.

31. Para el discurso español de guerra civil sistemática: E. Ucelay-Da Cal, *Prefigurazione e storia: la guerra civile spagnola del 1936-39 come riassunto del passato*, in G. Ranzato (dir.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Torino, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 193-220.

32. Véase R. Ford, *Los españoles y la guerra* [1837], Madrid, Tayo, 1990. Como muestra de las analogías otomanas, a mediados de los años sesenta del siglo XIX, Castelar puso en circulación la frase “la Turquía de occidente” con gran impacto contra los últimos gobiernos de Isabel II, aunque se pueden encontrar usos anteriores de la misma asociación: B. Jarnés, *Castelar* [1935], Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 110.

33. En general, véase: M. Sagrera, *Los racismos en las Américas. Una interpretación histórica*, Madrid, IEPALA, 1998, capp. VI-VII.

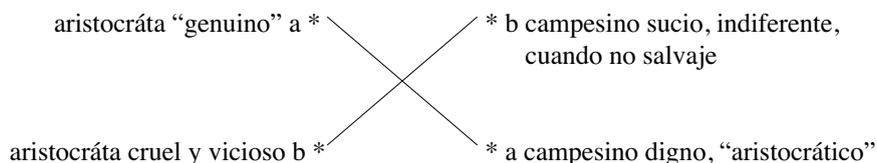
de Tocqueville, en su monumental obra dedicada a *La Democracia en América* (1835), contrastó la realidad funcional estadounidense con el estado de permanente guerra civil sudamericana, remontando la reflexión hacia sus orígenes: «¿Quién puede afirmar que las revoluciones no sean, en nuestro tiempo, el estado más natural de los españoles de la América del sur?»³⁴. España y su mundo hispano no eran, en efecto, diferentes. A partir de esta percepción, todas las obras monumentales del pensamiento racista decimonónico, del conde de Gobineau a H.S. Chamberlain, tuvieron de aportar su pequeña contribución a la comprensión de la decadencia española³⁵. Estas reflexiones no solían concordar entre sí de manera muy precisa, pero tenían en común el rechazo a la herencia española como algo dañado, y por lo tanto especial: como muestra el historiador pangermano Heinrich von Treitschke, para las últimas décadas del siglo,

34. A. de Tocqueville, *La democracia en América*, vol. 1 [1835], Madrid, Alianza, 1980, cit. pp. 212-213, también pp. 379-380.

35. Según Gobineau, por ejemplo: «Es imposible imaginar un país en el cual las buenas máximas se hubiesen hechado más en el olvido, en el cual el poder se hubiese relajado, y desprestiado tanto, y en el cual la misma organización religiosa diese mayor pábulo a la crítica». Esto tenía una causa antropológica, la pérdida de los principios fundadores de la Monarquía española. Parece insinuarse, más adelante, que obedecía a la mezcla racial hispánica, con la presencia de elementos semitas y orientales, que dan al carácter español una nota malaya. Tales antecedentes tenían sus ventajas, visibles en la facilidad del mestizaje en las Américas. También, remarca, con optimismo, Gobineau la esperanza de un renacer, de una recuperación vital, visible en la respuesta a la invasión francesa. Conde de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas* [1853-1855], Barcelona, Apolo, 1937, pp. 36-37, 568, 611-617. En cambio, el racista wagneriano H.S. Chamberlain consideraba que era la mezcla racial lo que había destruído una España originada en la aristocracia godo-germánica. La influencia católica a través de “elementos ibéricos y caóticos”, como el vasco Loyola, habían hecho que la espiritualidad española se disipase con lo extranjero, en vez de reconcentrarse. De aquí el prototípico “declive español”. H.S. Chamberlain, *The Foundations of the Nineteenth Century* [1899], New York, Howard Fertig, 1968, vol. II, pp. 175, 372, así como para su condena de Loyola, vol. I, pp. 564-574. De hecho, plantear el dilema sobre la pérdida vital de la raza es una manera normal de enfocar la decadencia española. Por ejemplo, en una historia de divulgación familiar en Estados Unidos, a finales del siglo XIX, se asegura que: «Perhaps the saddest example of ethnic decline witnessed among modern peoples is that of the Spaniards. It seems incredible that the relative position of the various peoples of the West, such as it was at the beginning of the sixteenth century, could have been so completely altered and reversed during the comparatively brief period that has since intervened. At that time, power, enterprise, genius, adventure, capacity for affairs, aggressiveness, self-confidence, warlike passion, and almost every other ingredient of what is called national grandeur belonged to the Spanish people. But power has been replaced with weakness, enterprise with apathy, genius with mediocrity, adventure with inaction and lethargy, capacity for affairs with political imbecility, aggressiveness with timidity, self-confidence with abasement, and warlike passion with peaceful somnolency and effemination. Only this has remained of the instincts of the race such as they were three hundred years ago, an inveterate pride and sentiment of haughty superiority. That will, perhaps, disappear when the last of the race shall fall into silence». J.D. Ridpath, *Universal History*, Cincinnati, Jones Brothers, 1897, vol. IV, p. 460.

tal criterio se había extendido a la naciente historiografía y sociología académicas alemanas, las más prestigiosas del mundo, y de ahí por doquier³⁶. El racismo de las primeras décadas del siglo XX, ejemplificado por el norteamericano Lothrop Stoddard, quien hizo de puente entre la tradición anglo-americana y la alemana, insistió en esta misma línea³⁷.

Las memorias de militares franceses e ingleses que habían participado en la “campaña peninsular”, seguida por la literatura de viajeros a España, especialmente en los años de revolución liberal y guerra carlista, coincidía en la fascinación por la taxonomía tanto científica como literaria, o sea, por el tipismo. En la segunda mitad del ochocientos, digamos el tiempo desde la “Carmen” de Merimée (1847) a la de Bizet (1875), la visión extranjera de España se conformaba por “tipos”. Éstos poblaban tanto las descripciones de los visitantes de todo el siglo, como las ilustraciones o grabados con pretensiones antropológicas (“tipos de la Sierra de Ronda”, “tipos de campesino manchego”, etc., etc.), todo ello avalado por la “literatura de tipos” propia del costumbrismo español³⁸. Así, podría remontarse a un juego de parejas contrapuestas de tipos españoles, algunas de ellas muy antiguas: la contraposición del pretencioso, decadente y degenerado aristócrata y el campesino, lleno de natural orgullo, era tan (o más) antigua que su aparición en *El Quijote*. Para finales del siglo XVI, el “Spanish Caballero” era una figura ridícula en teatros tan distantes como el inglés de Shakespeare y la farsa italiana. Así, “caballero”, trastocado en “cavalier”, fue el origen del insulto de los parlamentarios a los realistas en la Revolución Inglesa del siglo XVII. Era fácil contraponer este personaje a la dignidad del seco hombre del campo, seguro de ser cristiano viejo, que según todo viajero por las Españas del siglo XVIII o XIX, encarnaba el orgullo nacional castellano³⁹. Así se creó un cruce de imágenes muy duradero, facilísimo de percibir y, además, acumulativo:



36. H. von Treitschke, *Politics* [1916], Nueva York, Harcourt Brace, 1963, pp. 13, 29, 293.

37. L. Stoddard, *The Rising Tide of Color* [1920], Brighton [U.K.], Historical review Press, 1981, cap. V (siguiendo, significativamente, al “modernista” peruano García Calderón); y, del mismo, *Racial Realities in Europe*, Nueva York, Scribner’s, 1924, pp. 114-119.

38. M. Ucelay, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*, México D.F., Colegio de México, 1951.

39. Por ejemplo, el “fantastical Spaniard” (considerado por algunos críticos como un retrato en clave de Antonio Pérez en su exilio londinense) de *Love’s Labours Lost* de

Mediante los “tipos” españoles, por lo tanto, se construyó el esquema de contrastes morales y sociales que tanto deleitaban al gusto romántico, pero que — repito — derivaban su fuerza de estereotipos mucho más antiguos: por ejemplo, Carmen y la monja de clausura (personaje imprescindible en la infra-literatura pornográfica del siglo XVIII)⁴⁰; Carmen y el torero; el torero y el bandido; el bandido y el soldado; el soldado y el cura, en una lista circular de personajes a la vez familiares y fantásticos⁴¹. Estas parejas permitían (y permiten), además, una interacción comunicativa entre los estereotipos externos e internos. Así, desde dentro, se podía rechazar, con superioridad, los tópicos falsos y superficiales de los forasteros, y reemplazarlos con otros, nacionales, más frescos en relación a la práctica social española y, por lo tanto, más “genuinos”: el cura y el mae-

Shakespeare. Para la *Commedia dell'Arte* italiana y sus “capitanes” españoles, recreaciones del antiquísimo *miles gloriosus*, véase: T. Niklaus, *Harlequin*, New York, Brazillier, 1956, pp. 40-41; G. Oreglia, *The Commedia dell'Arte*, New York, Hill & Wang, 1968, pp. 101-111; A. Nicoll, *The World of Harlequin*, Cambridge (U.K.), Cambridge U. Press, 1963, pp. 97-107; B. Hillier, *Cartoons and Caricatures*, New York, Dutton, 1970, 14-16. Incluso el famoso término inglés “cavalier”, tan significativo para la Guerra Civil inglesa después de 1641, fue una corrupción de “caballero”, el soldado español, opresor brutal de protestantes y enemigo nacional: C.V. Wedgwood, *The King's War, 1641-1647*, s.l., Fontana, 1966, p. 49.

40. Sobre Carmen, el ensayo especulativo de: A. González Troyano, *La desventura de Carmen*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991. Sobre las monjas y lo que Richard Hofstadter llamó “the pornography of the puritans”, aparte de su *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, New York, Vintage, 1967, se puede ver I. Bostrom, *The Novel and Catholic Emancipation*, “Studies in Romanticism”, II, n. 3, spring 1963, pp. 155-176. Para el contenido erótico oculto en las descripciones de la represión de la Guerra Civil imaginadas por los partidarios de uno y otro bando, véase A. Guttman, *The Wound in the Heart. America and the Spanish Civil War*, New York, Free Press, 1962, Cap. I; Guttman recoge la idea de una “pornografía de la violencia” que la mujer americana de Gerald Brenan, Gamel Woolsey, planteó en un libro suyo comentando hechos españoles de los que fue testimonio: véase G. Woolsey, *Malaga Burning [Death's Other Kingdom, 1939]*, París, Pythia Press, 1998.

41. El toreo se convierte en la perfecta muestra de la ancestral excepcionalidad española. Hasta los años treinta del siglo XIX, los espectáculos de luchas de animales son habituales en Gran Bretaña. A partir de su ilegalización en 1835, empieza una nueva moda de sensibilidad hacia el sufrimiento animal, que, siempre con la idea de que tal actitud es más genuinamente civilizada, llega hasta nuestros días. Véase H. Ritvo, *The Animal Estate. The English and Other Creatures in the Victorian Age*, Cambridge (Mass.), Harvard, 1987. En España, en cambio, ese mismo periodo de sensibilidad “victoriana” es la época en la cual se extiende y se consolida definitivamente en sus formas actuales el toreo. Visto desde el extranjero, pues, el toreo queda como la aceptación de la naturaleza diferente, “exótica”, de lo español. Por lo tanto, el torero — junto con la imagen muy parecida (la montera, la chaqueta corta) del bandolero rondeño — se convierte en el personaje que (junto a Carmen) representa “España” en las caricaturas. El discurso español sobre las supuestas raíces ibéricas, casi prehistóricas, del toreo sólo es una legitimación historicista de la idea de excepcionalidad en clave nacionalista. No existe dificultad alguna para asumir esto desde fuera. Véase, en general: T. Mitchell, *Blood Sport. A Social History of Spanish Bullfighting*, Filadelfia (Pa.), University of Pennsylvania Press, 1991.

stro, por ejemplo, o el jornalero y el señorito, o el guardia civil y el gitano. Cuando estas parejas eran recogidas por la opinión exterior, han dejaban de ser consideradas genuinas dentro, y se les iba contraponiendo alternativas nuevas. Los valores globales del esquema, sin embargo, casi no cambiaban. La última pareja — la del guardia civil y el gitano — muestra tal polarización de percepciones: la contraposición se convirtió en emblemática en la segunda mitad del siglo XIX, de hecho, a partir de los escritos de George Burrow sobre los *Gypsies of Spain* (1841) y la creación de la famosa gendarmería española (1844). Si el pueblo español — representado por el andaluz — era “happy go lucky”, pero tan firme en su dignidad y orgullo como eran los gitanos en la imagen literaria, el cuerpo policial “benemérito” encarnaba los elementos represivos del tradicional poder español (esquema famoso internacionalmente por el “Romance de la Guardia Civil” del poeta mártir García Lorca). Si, por el contrario, el pueblo español era tan sucio, poco escrupuloso con la propiedad ajena e indomable como se atribuía a los gitanos, toda medida para la imposición del orden era poco.

Porque lo más curioso de la dinámica interna/externa que caracteriza a la imagen de España es — dado el discurso negativo — la gran difusión alcanzada en la época más contemporánea. El liberalismo español decimonónico aceptó los estereotipos liberales continentales con toda su carga de reminiscencias protestantes. La furia e indignación de los católicos reaccionarios, que se reafirmaron en sus tópicos barrocos, era, para los liberales, una demostración de que estaban en el buen camino⁴². Cuando, a finales del siglo XIX, se planteó de forma racial y esencialista la superioridad del norte sobre el sur de Europa, ya existía una extensa literatura de respuesta en Francia y en Italia, que podía negar las bases de esta crítica (afirmar que las razas no existían, que no había una manera seria de distinguir socialmente entre dolicocefálicos y braquicéfálicos, o que la mitad de la población alemana o británica era céltica y no nórdica) e, incluso, replicarla directamente, en términos de las virtudes de la “raza latina”. Muchos de estos libros franceses e italianos circularon o se tradujeron en España, pero, dada la magnitud de la derrota del '98, no hubo

42. Tanto héroes literarios como el *Egmont* (1788) de Goethe o el *Guillermo Tell* (1804) de Schiller, como alusiones a la revolución inglesa del siglo XVII o a la americana del XVIII apuntan hacia un referencial global esencialmente protestante, y también a una tradición política — las citas del Antiguo Testamento, por ejemplo, y no sólo de los clásicos grecorromanos — alejada del habitual marco conceptual hispánico. Un autor como Castelar hizo un enorme esfuerzo para adaptar este conjunto simbólico al castellano, y de aquí su importancia en medios republicanos y obreros, más allá de su significado político concreto. Las simbologías hebreas de la masonería igualmente habrían de parecer sospechosísimas al instrumental analítico católico, más bien primitivo. Un texto tradicionalista explícito: J. Comella y Colom, pbro., *La revolución cosmopolita y el protestantismo*, Barcelona, La Hormiga de Oro, [1908?].

una literatura española equivalente⁴³. Más bien al contrario, ya que de alguna manera el noventayochismo partió del “hecho” de la decadencia, asumiéndolo para formular esquemas pesimistas y anti-industriales. Sólo se percibió una salida en la llamada “generación del ’14”, que con su combinación de orgullo cívico y de reformismo, insinuó que se podía cambiar, si se era capaz de hacer el esfuerzo. Visto desde fuera, o mejor, desde “arriba”, desde el norte, un sentimiento ambiguo dominaba la perspectiva de una reforma civil en España. Por un lado, existía la convicción — bien consolidada, desde el siglo anterior — de que las complejas instituciones representativas y/o participativas anglosajonas o nórdicas, como la democracia o el parlamento, eran demasiado delicadas para medio-mestizos soñolientos y vagos, capaces de cualquier estropicio por estar a merced de su sangre caliente⁴⁴. Al mismo tiempo, el afán misionero de culturas todavía entonces militantemente protestantes, albergaba la esperanza de la conversión, que los degenerados se regeneraran, si sólo llegasen a acostumbrarse a hábitos salubres. Con todo, la desconfianza aseguraba que, desde el norte, ante el confuso mundo hispano, se prefiriese la firmeza, un poco de mano dura, hasta conseguir algo de disciplina social: por lo tanto, el hecho de que casi toda Latinoamérica estuviera gobernada por dictaduras o fórmulas neo-coloniales e indirectas de intervención exterior no producía ninguna sorpresa en la parte “superior” del mundo cultural “europeo”. Visto así, el colapso del parlamentarismo español y la imposición del régimen primorriverista fue en general bien recibido fuera de España. Se entendía al Dictador español como años antes se había valorado a Porfirio Díaz: seriedad, rigor administrativo, seguridad para las inversiones⁴⁵. En cierta medida, quien se llevaba la mala prensa era el rey Alfonso XIII, quien — a pesar de estar casado con

43. Sólo hay que contrastar el tono de obras italianas rápidamente traducidas al castellano, como G. Sergi, *La decadencia de las naciones latinas* (ed. española, 1901) o N. Colajanni, *Razas superiores y razas inferiores o latinos y anglosajones* (ed. española, 1904), que, bajo un aparente pesimismo, auguran un brillante futuro a los italianos, con la expresión abatida de un “sociólogo” entonces tan representativo como S. Valentí Camp, *Vicisitudes y anhelos del pueblo español*, Barcelona, Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales, 1911.

44. Véase la noción de M. Duverger, *Janus. Les deux faces de l'Occident*, París, Fayard, 1972, cap. 1, *Le Parlement britannique, cheval de Troie du système occidental*, o la formulación clásica de G. Almond & S. Verba sobre el origen de la “cultura cívica” en su *La cultura cívica* [1963], Madrid, Euramérica, 1970.

45. Para la visión de Díaz y el “porfiriato”: D. James, *Mexico and the Americans*, New York, Praeger, 1963, cap. 5. Por ejemplo, Theodore Roosevelt, nunca muy pródigo con elogios para el mundo hispano, aseguraba en 1908 que, “El presidente Díaz es el mayor hombre de Estados hoy vivo y ha hecho más por su país que ningún hombre vivo hoy ha hecho por ningún otro país” (cit. p. 122). Para Primo, véase *La Dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero*, Madrid, Imp. Saez Hermanos, 1931. Como muestra el inglés C.W. Armstrong (*Life in Spain Today*, London, Blackwood, 1930, pp. 191 ss.) considera a Primo “a great dictator” tratado con “ingratitude” por los españoles.

una princesa inglesa — había sido un blanco para las caricaturas de prensa, que veían en él toda la carga de clericalismo retrógado que llevaba implícita la imagen de la decadencia. En todo esto y hasta cierto punto, la imagen exterior coincidió con la interior. Primo — atribuyéndosele siempre el papel costiano del “cirujano de hierro”— fue percibido, hasta por sus oponentes, como “bien intencionado” y “no sangriento”, al menos de forma retrospectiva⁴⁶. La crítica insistía más bien en que el Dictador por antonomasia era “arbitrario”, o sea, demasiado español, irregular y poco serio. En cambio, al rey se le atribuyó, con o sin razón, la responsabilidad histórica del golpe de 1923, lo que le costó la corona en 1931⁴⁷.

Las iniciativas de Primo de Rivera concordaban con los prejuicios extranjeros: prohibió los aspectos más morbosos del toreo, reafirmó de manera duradera y emblemática la prohibición del juego, dió la impresión de favorecer el celo de la administración, aparentó la eliminación de la pequeña corrupción más visible y, por encima de todo, para nuestro argumento, facilitó el turismo. Así, hizo a España, al menos en apariencia, más europea, y ésta llegó, incluso, a jugar un relativo papel internacional. Finalmente, pacificó Marruecos en 1925-1926, en alianza con Francia. Pero, las ambiciones diplomáticas españolas, por ejemplo, en la Sociedad de Naciones, dieron la verdadera talla de la imagen de España: Brazil y Polonia fueron sus rivales para una plaza permanente en el Consejo del organismo en representación de las “potencias menores”⁴⁸. El régimen de Pri-

46. Vista la insistencia en el costumismo de Primo de Rivera de autores como E. Tierno Galván (*Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, Barna, 1961) o Raymond Carr (*Spain, 1808-1939*, Oxford, 1966, p. 526, 567, 580), o la fácil analogía con “el cirujano de ferro”, sorprende ver que el mismo Primo no lo debía tener tan claro, al menos tiempo antes de redactar su famoso manifiesto del 13 de septiembre de 1923. En la sesión de apertura del Curso de Estudios Militares de enero de 1915 en el Centro del Ejército y de la Armada de Madrid, el futuro dictador dijo que: «Somos una generación a la que se ha engañado diciéndole que la causa de nuestros males radica en tener abierto el sepulcro del Cid y en que descendemos del Quijote, cuando tales sentimientos engendraron nuestra grandeza, y es debida la decadencia al cerrojazo que hemos dado a la sepultura de Rodrigo de Vivar y a la stirpe de Sancho que hemos preferido. Por eso ya ni rompemos lanzas por quimeras, ni siquiera por realidades que amenazan nuestra vida y nuestra dignidad, y los agraviadores de doncellas, los facedores de entuertos, triunfan gallarda y desenfadadamente» (p. 14 de la publicación *Curso de Estudios Militares verificado el año 1915*, del Centro citado).

47. Se pueden ver caricaturas francesas, alemanas e italianas que culpan al joven rey de los supuestos desmanes de los jesuítas o de regocijarse con sus curas de la ejecución de Ferrer. Véase las caricaturas reproducidas en R. Kedward, *The Anarchists*, New York, American Heritage, 1979, p. 59; F. Caravaca y A. Orts-Ramos, *Historia ilustrada de la Revolución Española*, Barcelona, Ibérica, 1932, vol. II, pp. 394, 396, 402, 403, 409. Luego en los años veinte, no es infrecuente ver dibujos donde el laborioso dictador ha de cargar a costas con el inútil bulto que representa Alfonso: por ejemplo, las caricaturas, reproducidas en “Historia y Vida”, 1972, n. 56, p. 43.

48. La actuación, pisando fuerte, de España y de Brasil en el escenario de Ginebra quedó oscurecida por la entrada de Alemania — hecho incomensurablemente más significativo — en la Sociedad de Naciones. Véase F. P. Walters, *Historia de la Sociedad de*

mo representó, por lo tanto, una relativa superación de la decadencia, una recuperación de la imagen, modesta pero real, de modernidad y “normalidad”, o sea, la equipación con los “países avanzados”. Dentro de España, esto se reflejó en la cada vez mayor tendencia hacia posturas intelectuales cosmopolitas, superándose así el tono castizo de décadas anteriores.

Puesto en el buen camino, la visión del atraso español volvió a su origen romántico, pero en positivo. De nuevo, España se puso de moda por ser “picturesque”, incluso por el encanto de algunos defectos suyos, ya que éstos empezaban — se suponía — a retroceder. Esta revisión de la imagen de España procedió sobre todo de Estados Unidos, convertida en los años veinte en el centro mundial de la producción cultural para el consumo de masas. El paso clave fue la súbita popularidad de algunas novelas de Blasco Ibáñez, en especial de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), un “best-seller” en Estados Unidos después de su traducción en 1918. Blasco dió el paso al naciente Hollywood, con Rodolfo Valentino como estrella en *Los cuatro jinetes* (1921) y *Sangre y arena* (1922). Las novelas de Blasco eran perfectas para la recepción de la nueva moda española: facilonas, llenas de decorados decadentes, de baratija, que confirmaban los tópicos de siempre (el torero y la “mangeuse d’hommes” española, la identidad latina entre Sudamérica y España⁴⁹). Al mismo tiempo, su quincalla elegante se adaptaba perfectamente al gusto de “nuevos ricos” en las zonas de crecimiento urbano de Estados Unidos — como Florida, Texas y la misma California — donde inmigrantes recientes pretendían presumir de raíces aristocratizantes con antecedentes coloniales que en aquellos lugares eran españoles (como muestra paralela, se puede recordar *El signo del Zorro* de 1920, con Douglas Fairbanks). Así se estableció una sorprendente sintonía entre la arquitectura de moda en el “Sun Belt” norteamericano — el “Spanish Mission Style” — y el regionalismo arquitectónico de Andalucía o Cataluña⁵⁰. La

Naciones, Madrid, Tecnos, 1971, cap. 27. No obstante, hay una abundante literatura latinoamericana, y la circunstancia podía todavía ser reivindicada en los albores de la “transición” española como modelo para el futuro: F. M. Castiella, *Una batalla diplomática*, Barcelona, Planeta, 1976.

49. Sobre Blasco, véase *Ciclo Blasco Ibáñez y el cine*, Valencia, Dirección General de Cultura, Educación y Ciencia de la Generalitat de Valencia, 1985. También R. Muñoz Suay, *Penúltimas notas sobre Blasco Ibáñez y el cinematografía* en: V. Blasco Ibáñez, *La aventura del triunfo 1876-1928*, Valencia, Diputación de Valencia, 1986, pp. 45-152.

50. En general: D.J. Walsh, *The Spanish Frontier in North America*, New Haven, Yale University Press, 1992, cap. 12. Para el significado del California “Mission Revival”, K. Starr, *Inventing the Dream: California Through the Progressive Era*, New York, Oxford U. Press, 1984. También: N. Gabler, *An Empire of Their Own: How the Jews Invented Hollywood*, New York, Crown, 1988, para algún ejemplo, como p. 280; para la tendencia equivalente en España: A. Villar Movellán, *Arquitectura del regionalismo en Sevilla (1900-1935)*, Sevilla, Excma. Diputación, 1979; de hecho, se ha argumentado que el regionalismo fue el “Art Déco” español. Para “El Zorro”: R. Cristóbal, *La lle-*

moda Valentino, del “Latin Lover”, bendijo las operaciones franco-españolas en el norte de Africa, surgiendo o recuperándose todo un género de películas y novelas de Legionarios franceses y cabileños (a lo que se podía añadir algún español), y llegándose hasta comedias musicales, como el *The Desert Song* de Sigmund Romberg (1926, versión en cine de 1929)⁵¹. Con el advenimiento del cine sonoro, los estudios de Hollywood llegaron a plantearse la producción en lengua castellana, con lo que se estableció una considerable colonia española en Los Angeles⁵². Esta moda españolizante no fue, con todo, muy profunda: el discurso cinematográfico continuaba siendo la defensa de los estereotipos protestantes y “anglosajones” y, por lo tanto, a lo largo de los años treinta, continuó adjudicando a los hispánicos el papel del malo histórico, traicionero y sensual, o su contrapartida, el tonto de buen corazón, honrado pero imprevisor⁵³.

Desde esta perspectiva, la proclamación de la República trajo la promesa de una regeneración genuina, transformando el pesimismo de tono imperialista en un optimismo neo-wilsoniano: la democracia por fin podía funcionar en un país que había realizado una revolución sin sangre⁵⁴. Con esta investidura moral, la “Nueva España” sería por fin capaz de asumir un protagonismo europeo, simbolizado por el prestigio, por ejemplo, de Madariaga o Azcárate en la Sociedad de Naciones⁵⁵. Toda esta relevancia se basaba, sin embargo, en la suposición de que la democracia liberal recuperaba una dinámica expansionista a escala universal, tras algún retroceso puntual en los años veinte. La década de los treinta, por el contrario, fue, como es bien sabido, una constante progresión autoritaria, que hizo que los más finos intelectos de la derecha y la izquierda dudaran de la viabilidad del parlamentarismo. El protagonismo moral español pronto quedó en nada. Esto hizo que, por un lado, se resaltase el

gada del Zorro. 80 años de lucha contra la tiranía, “El País”, 29-XI-1998, *El Espectador*, p. 6.

51. R. Dooley, *From Scarface to Scarlett. American Film in the 1930's*, New York, Harcourt Bruce Jovanovich, 1981, p. 459. También: D.S. Woolman, *op. cit.*, pp. 167-168.

52. Véase A. Armero, *Una aventura americana. Españoles en Hollywood*, Madrid, Compañía Literaria, 1995. A pesar de todo, las diferencias idiomáticas y de pronunciación del español entre España y Latinoamérica acabaron en la práctica con la iniciativa, ya que resultó inaceptable para los diversos públicos combinar los acentos argentino, mexicano, cubano, castellano, etc.

53. Para un mostrario: J.A. Pérez Millán, *La imagen de España en el extranjero*, Pabellón de España, n. 8, 20 agosto 1991, pp. 12-15.

54. Véase, como muestra: J.A. Brandt, *Toward the New Spain* [1933], Filadelfia (Pa.), Porcupine Press, 1976.

55. Véase O. Victoria, *Vida de Salvador de Madariaga*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1990; M.A. Egidio León, *La concepción de la política exterior española durante la Segunda República*, Madrid, UNED, 1987; también F. Quintana Navarro, *España en Europa, 1931-1936*, Madrid, Nerea, 1993.

escepticismo de fondo sobre los españoles: hay que recordar que muchas descripciones de la prensa internacional vieron la proclamación de la República como una comedia frívola de palacio, en la que un rey cedía la escena a un presidente. En la medida que el régimen republicano no mantuvo el orden público y que la situación interna española, vista desde fuera, se hizo cada vez más confusa, todos los tópicos de siempre fueron recuperados, uno tras otro: la República bananera, las revueltas de pintorescos anarquistas, las guerritas civiles de pacotilla (como en octubre de 1934), la crueldad y la sensualidad españolas; en última instancia, todo se resumía en los símbolos habituales en las caricaturas periodísticas, Carmen y el torero⁵⁶.

El comienzo de la Guerra Civil, tras un fracasado golpe (uno más, etcétera), cambió el discurso, pero sin salirse de vocabulario romántico de fondo. La contienda interna española se convirtió en una pantalla para la proyección de esquemas ideológicos con mayúsculas, desapareciendo así abruptamente la trivialización de años anteriores. Pero la mitología romántica — la crueldad, la fascinación española por la muerte, la sensualidad, el sol en la plaza, y todo lo demás — sí sirvió para situar los grandes temas abstractos⁵⁷. Además, se dió una simetría inconsciente entre los años treinta del siglo XIX y los del XX. Las ejecuciones sumarias que producían escándalo en los testimonios europeos, la “no-intervención” de la diplomacia oficial y los envíos de voluntarios oficiosos, el miedo de que el país se partiese en sus trozos históricos, las propuestas para resolver la contienda dejando a cada bando con su territorio, todos fueron temas de la “Guerra Civil” española por antonomasia del siglo XIX que reaparecieron en la del siglo XX⁵⁸.

56. El miedo diplomático anglo-americano, en una perspectiva de mundo semi-colonial en D. Little, *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, capp. 2, 3. También F.B. Pike, *The Background to the Civil War in Spain and the U.S. Response to the War* en M. Falcoff and F.B. Pike, *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln (Neb.), University of Nebraska Press, 1982, así como el libro en general. De hecho, hasta periodistas fascistas italianos podían repetir una visión de atraso secular, culpa de los curas: véase A. Albónico, “Accenti critici di parte Fascista e cattolica alla *cruzada*”, en *Italia y la Guerra Civil española*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 1-8.

57. Por ejemplo, el famoso libro del periodista norteamericano John Gunther, *Inside Europe* (New York, Harper), en su edición de 1940, pp. 213-217. Igualmente el *star reporter* canadiense Pierre van Paasen, de origen neerlandés, en su *best-seller* de 1939, *Days of Our Years* (New York, Hillman-Curl), podía dar a su capítulo sobre la revolución española el título volteriano de *L'Infâme*, y, recordando su primer viaje al país en 1931, comentar el carácter africano de la meseta. La vista del desierto castellano le llevó a meditar: «(...) I was filled with perpetual wonder that this was the country which at one time had been the heart and the nerve center of one of the mightiest empires mankind has ever known. What had come over the Spanish people that they had forfeited the mastery of the universe?» (pp. 423-424).

58. M. Capeffigue, *La Europa desde la Revolución de julio hasta el casamiento de la*

El ejemplo de la Guerra Civil

Tratemos primero la explicación ofrecida por los órganos de propaganda y los partidarios extranjeros de la rebelión derechista. De entrada, su justificación se enfrentaba a dos dificultades: primero, debía disculpar a una violenta revolución conservadora realizada contra un gobierno legalmente constituido, cuando la imagen tópica era la contraria; segundo, la vindicación debía hacerse en términos muy poco específicos, dada la falta de acuerdo de los insurgentes sobre la finalidad política del alzamiento. Por una y otra razón el argumento sólo podía ser negativo: estaban contra el Frente Popular más que a favor de un proyecto específico. Entonces les era imprescindible una inversión conceptual: los rebeldes en realidad no eran tales; al contrario, eran la Nación misma, el conjunto genuino del país, enraizado en sus tradiciones, y, en primer lugar, el catolicismo. Así, en España, se defendía todo lo que era arte, cultura y civilización occidental contra la barbarie. Sus oponentes pseudo-gubernamentales, a pesar de la hipocresía de sus pretendidos ideales y legalismos, no eran más que una alianza impía de masones y agentes revolucionarios extranjeros, que sólo contaba con el apoyo de las turbas urbanas y el peor populacho del campo⁵⁹. Este contubernio era la Anti-Patria, dispuesta a “orientalizar” España, a martizar su clero, destruir sus iglesias, pulverizar o robar su patrimonio histórico y espiritual.

Esta línea argumental ofrecía varias facilidades pero tenía costes escondidos. Para empezar, podía aprovechar toda la tradición acumulada de imágenes de defensa del catolicismo desde la Contrarreforma, especialmente a partir de la Revolución francesa. Puestos a aprovechar, hasta servía la misma propaganda (y, a veces hasta las mismas fotos) de denuncia de los vandalismos anticlericales cometidos en España desde 1909⁶⁰.

reina de España, Madrid, Imp. a cargo de Agustín Aguirre, 1847, vol. IX, pp. 208-209 hace un balance de la política española en la que todos los temas de entonces — el estancamiento militar general, los ejércitos irregulares, la capacidad de resistencia urbana a los ataques, la dispersión de las nacionalidades, las guerras civiles menores dentro de la Guerra grande, las opciones liberales entre infinitos comités y un mando militar único, la política de “no-intervención” (textual) del gobierno francés — recuerdan intensamente los hechos de cien años después.

59. Véase las publicaciones iniciales de propaganda de la Junta en el verano de 1936 o en la posterior propaganda católica (como muestra, A. de Castro Albarrán, *La gran víctima. La iglesia española mártir de la revolución*, Salamanca, autor, 1940), así como el argumento de la monumental *Historia de la Cruzada Española*, Madrid, ediciones Españolas, 1940-1944, 8 vols.. Para el grado de estandarización de tales argumentos: E. Ucelay-Da Cal, *La Guerre civile espagnole...*, *op. cit.*

60. P. Vilar, *L'historiador i les guerres*, Vic, Eumo, 1991, p. 44, para ver la indignación aún viva del historiador — marxista militante notorio — por el uso derechista francés en 1936 de fotos de 1909. Para ser objetivo, hay que recordar que la prensa de izquierdas, y destacadamente la comunista, hizo lo mismo con atrocidades coloniales pre-

A un primer nivel extremadamente genérico, el del discurso contrarrevolucionario heredado por vía católica de los “émigrés” franceses (elegantes pimpinelas escarlatas contra sangrientos tribunales revolucionarios, por ejemplo), podía añadirse el discurso de la Guerra Civil rusa y, sobre todo, el del aplastamiento de la comuna húngara de 1919⁶¹. Igual que los panegiristas de Horthy, los apologistas de Franco aseguraron haber ganado la primera cruzada que “paró el comunismo”⁶². Así, el discurso contra la conspiración diabólico-masónica podía truncarse en explicación militante anticomunista. Todo el repertorio de referencias y argumentos propios de la tradición católica barroca se utilizaron como puntos de conexión en esta explicación de la Guerra Civil. Como si fuera poco, se añadieron todas las reformulaciones de las imágenes defensivas heredadas de la lucha contra el bolchevismo de los quince años anteriores. La tradición de la excepcionalidad española casi no necesitaba demostrarse.

Sin embargo, el coste escondido estaba en el hecho que tal conjunto justificativo sólo era útil y exportable en momentos de gran polarización ideológico-religiosa, como el 1936-1939, o, con una muy menor resonancia, los momentos más exaltados de la Guerra Fría, cuando las posturas de extremísima derecha podían alcanzar mayor respectabilidad. En todo caso, el argumento nunca fue aceptado en medios intelectuales o académicos, fuera del mundo católico, especialmente después de comenzada la guerra contra el hitlerismo. Peor aún, la ruptura eclesíástica con la tradición católica integrista en el Concilio Vaticano II (1962-1965) le quitó la última credibilidad al retirarse la bendición a los ropajes contrarrevolucionarios tradicionales. Como resultado, el franquismo no pudo nunca contar con una historiografía actualizada (al contrario, por ejemplo, del régimen Fascista italiano), y se contentó con publicistas como Comín Colomer, un policía aficionado a la historia que en 1959 todavía intentaba vender conspiraciones ocultas y nexos masónicos con su truculenta *Historia secreta de la Segunda República*⁶³.

sentadas como contemporáneas, tanto en Francia como en España. Para el diálogo de imágenes truculentas entre derechas e izquierdas en Francia con un mismo repertorio visual, véase P. Buton et L. Gervereau, *Le couteau entre les dents. 70 ans d'affiches communistes et anticommunistes*, Chêne/BDIC, Nanterre, 1989.

61. C.E. Lucas Phillips, *The Spanish Pimpernel*, London, The Companion Book Club, 1960; para un ejemplo de reconocimiento bastante inusual del discurso de la Guerra Civil rusa desde el falangismo, S. Montero Díaz, *Mussolini, 1919-1944*, Madrid, Escuela de Formación y Capacitación de la Vieja Guardia, 1944.

62. Para la popularización del discurso contrarrevolucionario magyar en Europa occidental, como muestra, la obra de los influyentes hermanos Tharaud: J. et J. Tharaud, *Quand Israël est roi*, París, Arthème Fayard, 1939; después de la Segunda Guerra Mundial y olvidado Horthy, las analogías de Falange con Rumanía serían muy importantes para el desarrollo de corrientes en el seno del Movimiento Nacional español: véase X. Casals Meseguer, *La tentación neofascista en España*, Barcelona, Plaza Janés, 1998.

63. E. Comín Colomer, *Historia secreta de la Segunda República*, Barcelona, AHR,

Al margen de la imagen justificativa de los franquistas, aún perduran dos grandes perspectivas sobre las implicaciones sociales de la Guerra desde la reivindicación, bastante relativa, del bando republicano. No entraremos aquí a desarrollar como sirvió la contienda para poner en escena las remiscencias y los estereotipos acumulados sobre sus protagonistas sociales, su degeneración o su posible salvación regeneradora, por resultar esto — con lo ya dicho — bastante evidente. Por el contrario, es más interesante ver como se fusionaron estas imágenes con “los hechos” para crear verdaderas interpretaciones políticas de la realidad española, que hoy constituyen la visión foránea culta de la imagen de España, y han relegado las representaciones menos articuladas de estos estereotipos a la producción de consumo fácil.

La primera de las dos grandes explicaciones sociales de la Guerra Civil responde al tema que resultó ganador en la batalla por el predominio argumental en la propaganda republicana durante la contienda. Equivale a la línea explicativa del Frente Popular como plataforma amplia el 1936 y sería luego la postura básica de los órganos de información del estado republicano, recogida o reforzada por republicanos, socialistas y comunistas stalinianos. Como encajaba muy fácilmente con los prejuicios sobre España tenían zonas culturalmente protestantes (y también judías, especialmente asimilacionistas), de tradición liberal o democrática, tuvo una efectividad inmediata.

Según esta visión, España era, en 1936, una sociedad esencialmente feudal, que cargaba con el peso muerto de una Iglesia retrógrada y de un Ejército al servicio de los grandes terratenientes, los cuales formaban el núcleo decisivo de la oligarquía histórica. Estas fuerzas atávicas, amenazadas en lo más profundo de su poder ancestral por unas tímidas reformas democráticas, se habían alzado contra un gobierno popularmente elegido, que tuvo el apoyo de todas las organizaciones políticas y sindicales desde el centro hasta la extrema izquierda.

Como interpretación ha sido recogida por los extranjeros que simpatizaron con la “causa republicana” entendida como tal: empezando por obras como la famosa *Searchlight on Spain* de la Duquesa de Atholl (1938) para llegar — con matices — a estudios tan acreditados como la historia de la República y Guerra de Gabriel Jackson (1965). Una expresión nítida de este enfoque fue la emocionante película de Frédéric Rossif, “Mourir à Madrid” (1963), que ofrece los elementos clave de esta perspectiva: el film se centra en la capital estatal y en la épica resistencia

1959. Es muy indicativo que el franquismo ni siquiera tuvo una historiografía oficial: los componentes del grupo de Cultura Española, con Joaquín Arrarás al delante, que hizo obras como la *Historia de la Cruzada*, eran — en privado — monárquicos. Véase, también: P. Gabriel y E. Ucelay-Da Cal, *El impacto de la historiografía contemporánea italiana en la española*, “Spagna contemporanea”, 1992, n. 1, pp. 127-135.

de noviembre de 1936, que convirtió a Madrid — al menos como ilusión momentánea — en “la tumba del fascismo”⁶⁴. Por lo tanto, esta visión de la revolución y Guerra Civil en España se ha situado en una perspectiva netamente estatal — y también internacional —, enfocando el proceso social en términos en esencia institucionales, a partir del sitio de la capital española desde noviembre de 1936 hasta el final mismo de la contienda en los últimos días de marzo de 1939. Devino emblemática la resistencia sostenida por el heroico pueblo madrileño, entendido como vanguardia representativa del conjunto del “Pueblo español”, protagonizando una lucha por la defensa o, según se mire, por la consecución de “la revolución democrático burguesa”.

Naturalmente, esta interpretación ha sido que mejor recogió las reminiscencias y los estereotipos del pasado, en el sentido optimista de que era posible construir una España “identificada con las fuerzas progresistas del Mundo”. En este esquema, las matanzas en territorio republicano y las destrucciones no eran más que el resultado de la ira popular contra una opresión de siglos. Igual que en el caso de Rusia, se trataba casi de una exigencia del guión histórico. Además, las ejecuciones y el vandalismo habían sido obra de “incontrolados”, cuando las autoridades legítimas, desbordadas por el golpe fascista-reaccionario, habían tenido que recurrir al apoyo directo de las masas. No era como en el bando franquista, donde las muertes se producían bajo dirección oficial. Así, en el fondo, la represión resultaba más bien la responsabilidad directa de aquéllos que la sufrían más directamente, con lo cual hasta cierto punto se cancelaba el balance moral⁶⁵.

Pero la interpretación “madrileñista”, por ser institucional, pudo imponerse durante los años de lucha, pero perdió fuerza inmediatamente después. Sus temas centrales — la defensa del marco institucional democrático ante la tiranía, el espíritu de un frente nacional o popular que luchaba por la liberación nacional ante opresores dictatoriales invasores y sus lacayos locales, la indignación ante la barbarie fascista que se manifestaba en el bombardeo aéreo de poblaciones civiles, la afirmación de la cultura del progreso, y su propagación activa, contra la destrucción y represión intelectual y neoinquisitorial — reaparecieron con mayor fuerza, si eso era posible, en la lucha de las potencias occidentales y de la URSS contra el nazi-fascismo. En términos morales, y no sólo militares, la Guerra española fue convertida en una antesala o “ensayo” de la

64. Duchess of Atholl, *Searchlight on Spain*, Harmondsworth (U.K.), Penguin, 1938; G. Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton (N.J.), Princeton University Press, 1965; F. Rossif et M. Chapsal, *Mourir à Madrid*, París, Seghers, 1963.

65. Véase A. Reig Tapia, *Ideología e historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 1984.

Segunda Guerra Mundial. En este contexto general europeo o internacional, se desvanecía la excepcionalidad española (con su carga de romanticismo heredado del siglo anterior), con la consiguiente pérdida de interés descriptivo. Al final todo se reducía a la clásica interpretación liberal de las “dos Españas” — roja y negra, progresista y católica, ilustrada e inquisitorial — que diluía el tipismo hispánico en el tópico genérico europeo, que, heredado del siglo XIX, también acumulaba “Dos Francias”, “Dos Alemanías” y, así, sucesivamente⁶⁶.

Pero, si la visión republicana del sentido social de la Guerra se centraba en una ciudad, Madrid, y en su resistencia democrática a los ejércitos de la reacción, la visión alternativa, que pretendía resaltar la transformación social operada entre los antifascistas, se situó conscientemente en Barcelona, una capital igualmente alternativa. Ni los anarcosindicalistas ni los comunistas izquierdistas del POUM tuvieron un papel realmente destacado, al menos a efectos de propaganda, en el proceso madrileño. La intervención de las columnas cenetistas catalanas se hizo añicos visualmente en la confusión que rodeó la muerte de Durruti, a mediados de noviembre del 1936, mientras las armas rusas y los primeros brigadistas internacionales aparecían como salvadores en el “milagro de Madrid”, desde principios del mes⁶⁷. En Barcelona, por contraste, predominaba la extrema izquierda. La fecha mítica barcelonesa fue la victoria popular del 19 de julio contra “los facciosos”, mientras que en Madrid el éxito del cuartel de La Montaña se olvida rápidamente ante los fracasos en la sierra y el frente de Toledo, y el mito se constituyó sobre el 5 de noviembre, cuando se rechazó la entrada del ejército rebelde en la capital estatal.

La experiencia de Barcelona en 1936 se convirtió así en la base de una réplica izquierdista al propio discurso republicano, entendida no como una defensa institucional sino, por el contrario, como una conquista revolucionaria y social. Según esta versión, con la revuelta fascista, el Estado desapareció como tal y, en su lugar, la clase obrera — y los campesinos — organizaron una nueva sociedad, caracterizada por innovativas formas tanto de lucha armada como de organización económica y política. Las empresas industriales y la producción agrícola fueron espontáneamente colectivizadas, se recuperó la clásica junta local de la tradición popular como poder democrático y de participación, surgiendo además la columna como unidad de combate de los trabajadores armados. Ante la asombrosa transformación social sufrida, la burguesía — a

66. Por ejemplo, D. Johnson, *The Two Frances: The Historical Debate*, en: Wright, V. (ed.), *Conflict and Consensus in France*, London, Frank Cass, 1979, pp. 3-10; o la clásica distinción entre la Alemania de Weimar y la de Potsdam: P. Gay, *Weimar Culture*, Nueva York, Harper & Row, 1968, pp. 2-3.

67. La vitalidad del mito del “milagro de Madrid” se puede constatar en D. Kurzman, *Milagro en noviembre*, Barcelona, Argos-Vergara, 1981.

pesar de todo — se reconstituyó solapadamente, buscando la protección sobre todo de los comunistas stalinianos. Éstos se convirtieron oportunísticamente en su protector, dando cabida en sus reducidas filas — rápidamente infladas — a los burgueses y pequeñoburgueses que buscaban cobijo ante la revolución. De esta manera, entre el otoño de 1936 y la primavera de 1937, se formó un frente contrarrevolucionario, dentro del propio campo de la izquierda, que reagrupaba comunistas, republicanos burgueses y socialistas de derechas (Prieto y Negrín) y que, en mayo del 1937, provocó a las fuerzas genuinamente obreras y las derrotó en una lucha abierta entablada en la capital catalana y sus comarcas. Esta contrarrevolución armada de los “Hechos de mayo” fue seguida por la contrarrevolución político-social, o sea, por la reconstrucción del Estado burgués y el desmantelamiento de las conquistas revolucionarias. Pero este proceso significó, a su vez, la apertura a un progresivo y descarado asalto de los stalinianos a los mecanismos del poder. Las masas obreras y campesinas habían fundamentado su voluntad de combate en el éxito del cambio social protagonizado por ellas mismas. Ante el desmembramiento de esta obra transformadora y el creciente triunfo totalitario de los “moscovitas”, se abrió directamente el camino del derrotismo y, finalmente, de la derrota.

En contraposición militante a la versión más institucional, esta explicación social del desarrollo de la revolución y la guerra no sólo enfocaba la experiencia de Barcelona, sino que se formulaba directamente contra la visión madrileña del conflicto: desde el *Homage to Catalonia* (1938) de Orwell hasta lo que Burnett Bolloten llamó *The Grand Camouflage* (1961), se rechazaría explícitamente el predominio del sitio madrileño como supuesta tumba del fascismo y se favorecería el protagonismo de la transformación o revolución social barcelonesa (o, al menos, el medio urbano del Mediterráneo español). Era, en buena medida, el resultado directo de la manera en que se habían vivido realidades indudablemente diferentes. Mientras que los “turistas revolucionarios” que, de 1936 a 1937, fueron a Madrid, desde un Hemingway “fellow traveller” hasta la trotskista Etchebéhère, habían reflejado una preocupación por la lucha inmediata en el frente, los visitantes que llegaron a Barcelona (Orwell, Kaminski, Borkenau, Mary Low y Carlos Bréa, por citar los más conocidos) quedaron fascinados, en cambio, por el espectáculo visual de la reorganización económica y social⁶⁸. La producción literaria de los “turi-

68. G. Orwell, *Homage to Catalonia* [1938], Boston, Beacon Press, 1952; B. Bolloten, *The Grand Camouflage*, New York, Praeger, 1961; E. Hemingway, *The Fifth Column*, New York, Scribner's, 1969. M. Etchebéhère, *Mi guerra de España*, Barcelona, Plaza & Janés, 1977. Aparte de Orwell, ya citado, H. E. Kaminski, *Els de Barcelona* [1937], Barcelona, Cotal, 1976; F. Borkenau, *The Spanish Cockpit* [1937], Ann Arbor, University of Michigan Press, 1963; M. Low and C. Bréa, *Red Spanish Notebook* [1937], San Francisco, City Lights, 1979.

stas revolucionarios” en la capital catalana canalizó un trabajo de sistematización sobre las colectivizaciones como la “obra constructiva de la revolución” llavado a cabo por portavoces anarco-sindicalistas (Gaston Leval, Agustín Souchy), coincidente con el gran esfuerzo de publicidad realizado parte de Jaume Miravittles y el Comissariat de Propaganda de la Generalitat catalana⁶⁹. En sucesivas síntesis, sobre todo de autores trotskistas o izquierdistas antistalinianos en el extranjero (Felix Morrow, 1938; Henri Rabasseire, 1938; G. Munis, 1948), se presentó, desde 1937 en adelante, una visión coherente y globalizadora de la revolución barcelonesa⁷⁰.

Las muertes y destrucciones del 1936 no son tomadas en consideración de una manera particular en esta explicación “barcelonista”. Por decirlo de alguna manera, los estereotipos son cancelados: la culpa moral de los representantes del pasado era tan grande que su castigo carece hasta de interés. En cambio, se ataca el predominio comunista o staliniano posterior a 1937, y la represión que lo acompañó, como especialmente inmoral por haberse dirigido contra los revolucionarios verdaderos, contra los justos⁷¹.

Mientras duró la contienda interna española, la versión revolucionaria de su contenido fue minoritaria en cuanto a su resonancia, resultando de apariencia discordante y quejumbrosa. Así siguió de hecho hasta que se acabó definitivamente la contienda mundial y se agotó con ello el modelo del exilio republicano español y, un tanto aparte, el catalán y el vasco, como una resistencia más contra la ocupación nazi-fascista (“España Libre”, igual, pongamos, a “Francia Libre” o “Polonia Libre”). Sin embargo, pasada la Segunda Guerra Mundial, la experimentación socialista más imaginativa y en apariencia exitosa se reclamó heredada, al menos en parte, del experimento catalán de “colectivización”: serían los “kibbutz” israelíes y la “autogestión” yugoslava los protagonistas de la reivindicación, significativamente en los dos Estados que mantuvieron algún tipo de complacencia oficiosa con el gobierno republicano en su exilio (imposible, claro está, sin el pleno reconocimiento diplomático mexicano). Por ello, la interpretación revolucionaria de la Guerra española se convertirá en una inspiración para la “nueva izquierda” euro-

69. Véase el útil compendio, G. Leval, A. Souchy, B. Cano Ruíz, *La obra constructiva de la revolución*, México D.F., Ideas/ Editores Mexicanos Unidos, 1982.

70. F. Morrow, *Revolution and Counter-Revolution in Spain* [1938], New York, Pathfinder, 1974; “Henri Rabasseire” [Henry M. Pachter], *España en el crisol político* [1938], Buenos Aires, Proyección, 1966; G. Munis, *Jalones de derrota; promesa de victoria* [1948], Bilbao, Zero, 1977.

71. J. Gorkin, *Spain: First Test of a People's Democracy*, en J.J. Kirkpatrick (ed.), *The Strategy of Deception: A Study in World-wide Communist Tactics*, Nueva York, Farrar, Straus, 1963, pp. 195-226; S. Courtois, et al., *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, París, Laffont, 1997, pp. 365-386.

pea surgida después de la difícil coyuntura marxista de 1956 (el informe Kruschov sobre Stalin, el alzamiento de Budapest). La visión revolucionaria de la dinámica española se consolidó en una serie de obras historiográficas (Rama, 1962; Broué y Témime, 1961; y Bolloten, 1961), con las que ha pasado a ser la interpretación historiográfica más o menos influyente — hasta dominante — para la mejor comprensión del transcurso social de la Guerra Civil⁷².

Conclusion

La acumulación de estereotipos sobrepuestos, con sus reminiscencias mezcladas, nos ayuda a entender el impacto profundo de la Guerra Civil española en las conciencias mundiales en los años treinta y en las décadas posteriores. Igualmente, nos explican porqué el franquismo fue siempre un régimen paria, aunque llegara la Guerra Fría y el Generalísimo fuera quien había “parado a los rojos”. Nos clarifican tanto el tono de los editoriales de los diarios internacionales, como los discursos de los políticos o las interpretaciones de los académicos. Nos presenta la lógica tradicional, más allá del sentido ideológico, de esa “historia de dos ciudades”, Madrid y Barcelona, que es en que se ha convertido la interpretación del significado social de la Guerra Civil.

A mediados de los años setenta, cuando murió el dictador español, todo el mundo esperaba que el “mal español” endémico — la violencia, la confusión, la crueldad — se reprodujeran otra vez más. Al no ser así, nació el “modelo español de transición”, aplicable a toda situación remotamente comparable, desde Argentina o Brasil a Hungría, Polonia o Rusia. Por otra parte, cualquier pretensión española de ejercer una influencia internacional que se dirigiera hacia las Américas, confirma para unos la idea de que España y Latinoamérica son lo mismo; para otros, reactiva la sospecha de que en las ambiciones de España sigue habiendo algo más que un recuerdo del viejo imperio católico⁷³.

En resumen, la carga moral de las reminiscencias y la influencia persistente de los estereotipos han seguido moldeando la imagen internacional de España a lo largo del siglo XX. Pero, como la visión exterior y la

72. Aparte de Bolloten, ya citado: C. Rama, *La crisis española del siglo XX*, Mexico, D.F., FCE, 1960; P. Broué et E. Témime, *La Révolution et la Guerre d'Espagne*, París, Minuit, 1961.

73. Para ver el desarrollo histórico de la crítica indigenista e izquierdista al boato del quinto centenario colombino, véase M. Molina Martínez, *La leyenda negra*, Madrid, Nerea, 1991; una muestra de la viveza de la sensibilidad al sempiterno colonialismo español, reflejado supuestamente en tales cuestiones como el proceso español a Pinochet: B. Larmer, *In Search of a new El Dorado*, “Newsweek”, 30 noviembre 1998, pp. 14-17 (ed. europea).

interior forman un campo de interacción permanente, la perspectiva foránea, más como refracción que como reflejo, también configura las imágenes que los españoles tienen de sí mismos. Así, se ha acabado por construir una especie de juego de espejos, en el que la imagen externa recoge y asimila a su vez el tópico interno, para volver a proyectarlo hacia dentro. Los inconscientes sociales, por lo tanto, constituyen un terreno infinito, porque además tienen, cuando no definen, a las ciencias sociales, en este caso, al ámbito profesional de los hispanistas. Todo observador es, en consecuencia, sólo un observado más⁷⁴.

Con todo, para acabar, es útil recordar que las imágenes políticas contemporáneas, aunque se construyan sobre estereotipos de consumo colectivo, también son productos industriales en algún sentido, creados para formar opinión a favor o en contra de posturas tomadas en situaciones concretas. El hecho que el siglo XX ha vivido bajo la hegemonía cada vez mayor de la publicidad, resulta tan evidente que no hace falta citar a Baudrillard u otros pensadores análogos de la comunicación y el simulacro. Por ello, se entiende que la imagen de España, aunque fuera en algún momento de vistosa relevancia internacional, ha sido algo de interés muy relativo para la mayoría de las poblaciones de los países de cultura “europea”, las cuales nunca se han asomado más allá de los estereotipos comunes y solamente en la medida que éstos afectaban a sus vidas ordinarias. Como observó, con sorna, Randolph Churchill, hijo del famoso político inglés y corresponsal de guerra en el bando franquista, aludiendo a la reacción del público británico ante la Guerra Civil española: «They don't care a damn who's right and who ought to win. A few excitable Catholics and ardent Socialists think this war matters, but for the general public it's just a lot of bloody dagoes killing each other»⁷⁵.

74. Para la misma problemática desde otro campo, E. Luque Baena, *La invención del otro y la alienación del antropólogo en la entografía hispana*, en M. Cátedra (ed.), *op. cit.*, pp. 69-79.

75. A. Lunn, *Spanish Rehearsal* [1937], Old Greenwich (Ct.), Devin-Adair, 1974, p. 20. «No les importa un pito quien tiene razón y quien debería ganar. Unos cuantos católicos excitados y socialistas ardientes creen que esta guerra importa, pero para el público en general es sólo un montón de malditos hispanos matándose».